

¿Reformar la reforma de las EE.MM.?

Luis Lopes de Dicastillo
Alfredo Arizmendi

Hace cuatro años que se inició la Reforma de las EE.MM. Se presentaba como alternativa a la ley de Villar Palasí y, según se anunciaba, trataría de evitar los dos principales defectos de aquélla: ser impuesta por decreto, sin proceso experimental, y ser dictada sin resolver los problemas de financiación.

A estas alturas, sin embargo, ¿podemos hablar de una Reforma debatida?, ¿se ha resuelto su financiación?, ¿es una alternativa?

Iniciemos el discurso con una afirmación fuerte: LA REFORMA ES PEOR. Por eso; quizá, han hecho mutis por el foro sus mentores iniciales, Segovia y Patricio de Blas, y las autoridades sustitutas no han querido mentar la bicha ni siquiera en los momentos recios de la fronda estudiantil. ¿Qué pasa?

1. El problema es el marco político

El proyecto inicial adolecía de aquel optimismo y sincero convencimiento de que la enseñanza no iba a ser sino una pieza más del **cambio** social general que había servido de reclamo electoral del PSOE. ¿Ingenuidad? ¿Ignorancia? Lo cierto es que en aquel marco de inversiones públicas, de dignificación de la carrera docente, de política neutral y no armamentista, encajaba la idea de un proceso de regeneración cultural (hasta quisieron apropiarse de Costa y Ortega) a través del Cine, Radio, TV, Escuela, Instituto y Universidad.

Sin embargo, el volantazo político del jefe de la tribu fue tal que dejó a los reformadores con el culo al aire. Porque no es verdad, como afirmaba uno de los máximos responsables en una reunión de coordinadores, que los gastos suplementarios de la Reforma no tengan que ir más allá de los costos de las alas de uno de los aviones del proyecto FACA.

Si se hace la reforma a lo cutre, porque la cesta del Estado ya no da más, habrá que concluir que para nuestros altos responsables de la enseñanza reglada e institucionalizada los únicos parámetros que inciden en la calidad de la enseñanza son la sagrada hipótesis en que se ha convertido la «**metodología activa**», y la conversión irreversible del «**profesor vago**» en voluntarioso y trepidante «**actor de clase**».

Alargar la enseñanza (no la escolarización) hasta los dieciséis años, introducir nuevas materias y nuevo profesorado, reciclar al actual, construir y dotar talleres a la altura del desafío tecnológico, dedicar personal preparado a los laboratorios y bibliotecas, reducir el número de alumnos por aula, extender la especialización del profesorado a toda la primera etapa de la secundaria, atender la educación de adultos, la enseñanza ocupacional, el ocio de las largas vacaciones, no sólo cuesta «**lo de un faca**», sino lo de muchos y, desde luego, no se pueden atender con esta política que ya ha tocado techo en tantas cosas.

2. El problema es el método

Enumerar un listado de objetivos por y según los cuales la Reforma ha de llevarse a cabo es algo sobre lo que se puede concitar fácilmente un consenso casi general. Así que no deben ir los propagandistas por trazar un río entre reformadores e inmovilistas. La cuestión es que del mundo de las abstracciones al mundo de la objetividad hay tal recorrido, tantas mediaciones que, en principio, objetivos tan interesantes como **«desarrollar la capacidad crítica y creativa»**, **«posibilitar el aprendizaje continuo»** o **«conocer y utilizar diversos lenguajes»** significan tan poco como el lío de internas procesiones trinitarias. En este huertecillo de entelequias cualquier simple puede encontrar acomodo y quietud. No existe razón para que los partidarios y responsables de la Reforma sigan pensando que este preambulillo filosófico, que a nadie separa, es su principal logro.

El disenso está en la tierra, no en el cielo. Así que, para aterrizar en el mundo de los artefactos, bien podríamos hacernos, siquiera, tres preguntas: los alumnos de la Reforma, ¿aprenden más? (contenidos); ¿aprenden mejor? (metodologías); ¿aprenden más a gusto? (motivación).

Admitamos que se dan menos contenidos, porque las bibliotecas y ordenadores almacenan por nosotros y procesan eficazmente, sin contar que el ejercicio escolástico los había acrecido en exceso y convertido en bastiones resistentes al cambio y a la crítica. Pero buscar el elixir del saber en la fotocopia al desgaire, la multicopia, en comentarios de textos descontextuados (perdón), en cuadernos de recortables, en esquemas de manuales sacados de textos que no se aconseja comprar, menos aprender y en absoluto memorizar.... es sustituir una didáctica, quizá catequética y mecánicamente repetitiva, por una **«mente mercadillo»**, bazar caótico donde da lo mismo saya que capirote, donde nada se memoriza porque nada merece ser recordado, y donde las incipientes capacidades abstractivas de los alumnos apenas tienen contenidos sobre los que operar y versar, frustrando así su desarrollo. Son como redes (que Popper nos perdone) tiradas al viento para pescar el pez de la insustancialidad.

Parece evidente que tal rebaja de contenidos ha de ir compensada por la adquisición de técnicas y hábitos que posibiliten **«un aprendizaje autónomo»**. Quizá; pero mucho nos tememos que esta expectativa que constituía uno de los supuestos básicos de la Reforma sigue sin comprobarse y permanece, por tanto, como tal expectativa, si no ya como dogma entre algunos fieles. Queda, además, la duda de que puedan existir profesores tan péfidos y sectarios que hurten a sus alumnos tradicionales las cataplasmas benéficas que aplican en el experimento.

Ya en muchos saberes (matemáticas, idiomas, áreas tecnológicas, área artística...) las diferencias metodológicas en determinado nivel sólo pueden ser mínimas; pero allí donde ha lugar una mayor innovación (ciencias de la Naturaleza y del Espíritu: Dilthey), unas veces la «pedagogía activa» se trueca en **«pedagogía agitada»** (mucho trabajo en grupo. mucha puesta en común, mucho temario al aire de la calle, mucho cuaderno de trabajo pero pocos apuntes, poca clase-clase y menos laboratorio. pero mucha salida a la rica naturaleza...) y casi siempre se da por sentado que los métodos empleados fuera del experimento siguen anclados en los tiempos del rey que rabió. En su entusiasmo por lo nuevo, parecen olvidar que la misma dinámica social, en estos últimos años, ha hecho evolucionar la vieja docencia bien mucho.

Parece como si la Reforma quisiera apuntarse al proceso reforzando lo peor:

«Es sin duda un esfuerzo loable de la pedagogía moderna el tratar de hacer fácil e interesante para los jóvenes lo que éstos tienen que aprender. Pero cuando este principio es llevado al extremo de no exigir de los niños que no aprendan nada más

que lo que les resulta fácil e interesante, entonces hemos matado uno de los objetivos principales de la educación. Mucho me alegra que vayan desapareciendo los brutales, tiránicos métodos pedagógicos de antaño, que, sin embargo, lograron dar fuerza a los hábitos de aplicación. Pero me parece a mí que los nuevos están formando una raza de hombres que serán incapaces de hacer nada que les sea desagradable.» (Autobiografía de J. S. Mill)

Se confunde motivar con divertir. Está apareciendo entre los profesores el síndrome del comediante o animador sociocultural. Pero nuestras churriguerescas evaluaciones no constatan mejores resultados. Hasta es posible que con la Reforma se fracase más.

3. El problema es el diseño

Se han echado a rodar palabras (¿categorías?) que, por usarse en un contexto nuevo, adquieren un carácter críptico y visten de importancia y seriedad (¡carácter científico!) a algo que si se dijera en román paladino, entraría de lleno en la conversación del sentido común, y todo el mundo podría meter baza en este diálogo de doctrinos. Así, los documentos y discursos se visten de «**perfiles**», «**role playing**», «**tormentas de ideas**», «**destrezas**», «**habilidades**», «**escuela comprensiva**»... Todas tienen en común el mismo aire de familia: **su carácter egebizador**.

En el actual bachillerato sería inaudito que cualquier manual aconsejara explicar el Descubrimiento de América con alumnos haciendo de Isabeles y Fernandos, de Colones, Pinzones, indios, arbustos y flores... Pero si a eso se le llama "role playing", la receta ya parece americana y hasta puede implantarse en la Universidad de cualquier país del Tercer Mundo. Otrosí, si después de «**visionar**» una película se aconseja una sesión de «**tormenta de ideas**» en vez de un coloquio/debate, quien así proceda ya es un profesor «**a la mode**»; que se pasa el Jordán hacia los tiempos nuevos, y del otro lado queda el mundo del profesorado gentil.

Hay un concepto que está en el quicio de la Reforma: escuela comprensiva (Julio Aguado en «El País»). Le brinda a **Maravall** la cuadratura del círculo: Reforma, pero barata. La cosa queda clara. Enseñanza hasta los dieciséis, pero en la escuela. Se cumple el programa electoral sin gastarse un duro. Porque la disyuntiva es esta: ¿asciende la escuela hasta 2º de BUP inclusive o desciende el bachillerato hasta 7º de EGB? En otros términos; en el actual Bachillerato, ¿podrán dar clases titulaciones medias?; ¿seremos profesores de áreas o de asignaturas?; ¿se van a aligerar los programas paró hacerlos más eficaces o, simplemente, para achicar la violencia que será preciso ejercer sobre un alumnado que se prevé variopinto?; los laboratorios como ámbitos de contraste del saber teórico, ¿tendrán sentido con este nuevo «**perfil**» de alumno?; los talleres previstos, ¿van a ser algo más que aulas de trabajos manuales? O, por el contrario, los profesores de francés, inglés, matemáticas, ciencias naturales, lengua y literatura... de 7º y 8º de EGB ¿van a ser tan especialistas, en conjunto, como son ahora los de Bachillerato?

No es lo mismo enseñanza obligatoria hasta los dieciséis años que escolarización obligatoria hasta esa fecha. Lo último significa cobijo en unas aulas, y la propia dinámica demográfica, en breve, lo hará incluso barato. La primera exige mucho más. En nuestra opinión, el último tramo de la primera etapa de secundaria (quince-dieciséis años) con ser obligatoria, debe ofrecer varias líneas. Para esa edad, por mil motivos (genéticos, ambientales, sociales, personales) muchos alumnos ni quieren ni pueden seguir los ritmos de una enseñanza que, inevitablemente, ha de tener bastantes contenidos teóricos.

Empeñarse en subyugarles con tales hierros dos añitos más puede ser dolorosamente definitivo para ellos y para el sistema. Las advocaciones a la igualdad no dejan de ser coartada de gobernante progre para no reconocer que las otras vías -profesionales y talleres ocupacionales-, si no se hubiesen convertido en versiones b y c degradadas del Bachillerato, resultarían más caras y, posiblemente, más atractivas para alumnos y familias. Luego, la imaginación y el organigrama, que tiendan cuantos puentes quieran para posibilitar el tránsito entre las diversas líneas a cuantos quieran seguir adelante.

4. El problema es la burocracia

El proceso de Reforma suponía que estos años iban a presenciar un amplio debate; así se decía enfáticamente en toda comunidad escolar. Sin embargo, estamos en condiciones de formular otra proposición fuerte: la Reforma es muda; en todo caso, es cuestión cuasiprivada de iniciados. Así se comprueba que el colectivo de profesores que participa en el experimento se ha convertido, con la complicidad de bastantes, con la inhibición de muchos y con la protesta de los menos, en algo así como la organización de enseñanza del PSOE, dispuestos a llevar adelante el proyecto contra viento y marea. Somos testigos de la imposibilidad de crítica desde dentro pues, argumento especioso, quien está en la Reforma **«está porque quiere»**.

Los perfiles de «asignaturas» perfiles de **«método»**, perfiles de **«evaluación»** (hay **«perfiles»** de y para todo) han sido **«perfilados»** (perdón) por exiguas comisiones de cuya composición se ignoran los criterios (confiemos que desvinculadas de las editoriales), y a las que ha dado una higa pulsar la opinión experimentada de los colectivos profesionales.

Se transmite, a veces, la impresión de que más que experimentadores de un nuevo proyecto de organización de la enseñanza, se trata de difusores incondicionales de un mensaje **«in partibus infidelium»**. El método parece ser este: se crea una a modo de neurosis de culpa polarizada en el pasado, **«Era un inepto, trabajaba con métodos aberrantes»**. Luego se crea la ficción de un saber arcano, seguro y definitivo, que funciona por cauces privilegiados: **«llegan noticias de Madrid...»**. Finalmente, se usa como refuerzo la zanahoria de los puntos para hojas de servicio, tan decisivos en traslados, opción de plazas en el extranjero..., aparecen los liberados a tiempo total y parcial, y, por si acaso, se coloca en el horizonte inmediato un Estatuto del Profesorado lleno de grados, por el que se transita no tanto por méritos académicos, en ningún caso laborales (absentismo. por ejemplo), y sí preferentemente pedagógicos, tales como **«participar en proyectos de renovación pedagógica»**, méritos que evaluará la correspondiente comisión. Si se sigue así, dentro de nada ya no se va a necesitar LEER (titulitis) para llegar a lo más, bastará APUNTARSE (cursillitis).

Recapitulemos. Hemos afirmado que la Reforma deja las cosas peor, cosecha tanto fracaso, y es muda. En este mundo de technicolor que es la literatura oficial era urgente, creemos, introducir un discurso negativo.

Tan difícil le va a resultar abrirse camino entre tantos iconos y signos plantados por sus propiciadores que hemos creído muy oportuno añadirle unas gotas de ácido. No tiene pretensiones de ser la verdad, sino una referencia para los que duden de que merezca la pena seguir dando longaniza a este perro flaco.

Si por razones estratégicas, como la mencionada espera de la curva demográfica a la baja, con la esperanza de que haya puestos escolares sin necesidad de crearlos, nuestros gobernantes necesitan ir ganando tiempo para no tener que desdecirse de la promesa

electoral del **«obligatoriedad hasta los dieciséis años»** podrían ir pensando si no vale más un acto de humildad oportuno y renunciar al proyecto **«mientras tanto»**, antes que seguir manteniendo la ficción del compromiso, alargando, curso a curso, la agonía de una Reforma que ya está pidiendo a gritos su Reforma.

Profesores de la Reforma y de Filosofía en el IB Mixto n.º 3 (Pamplona)